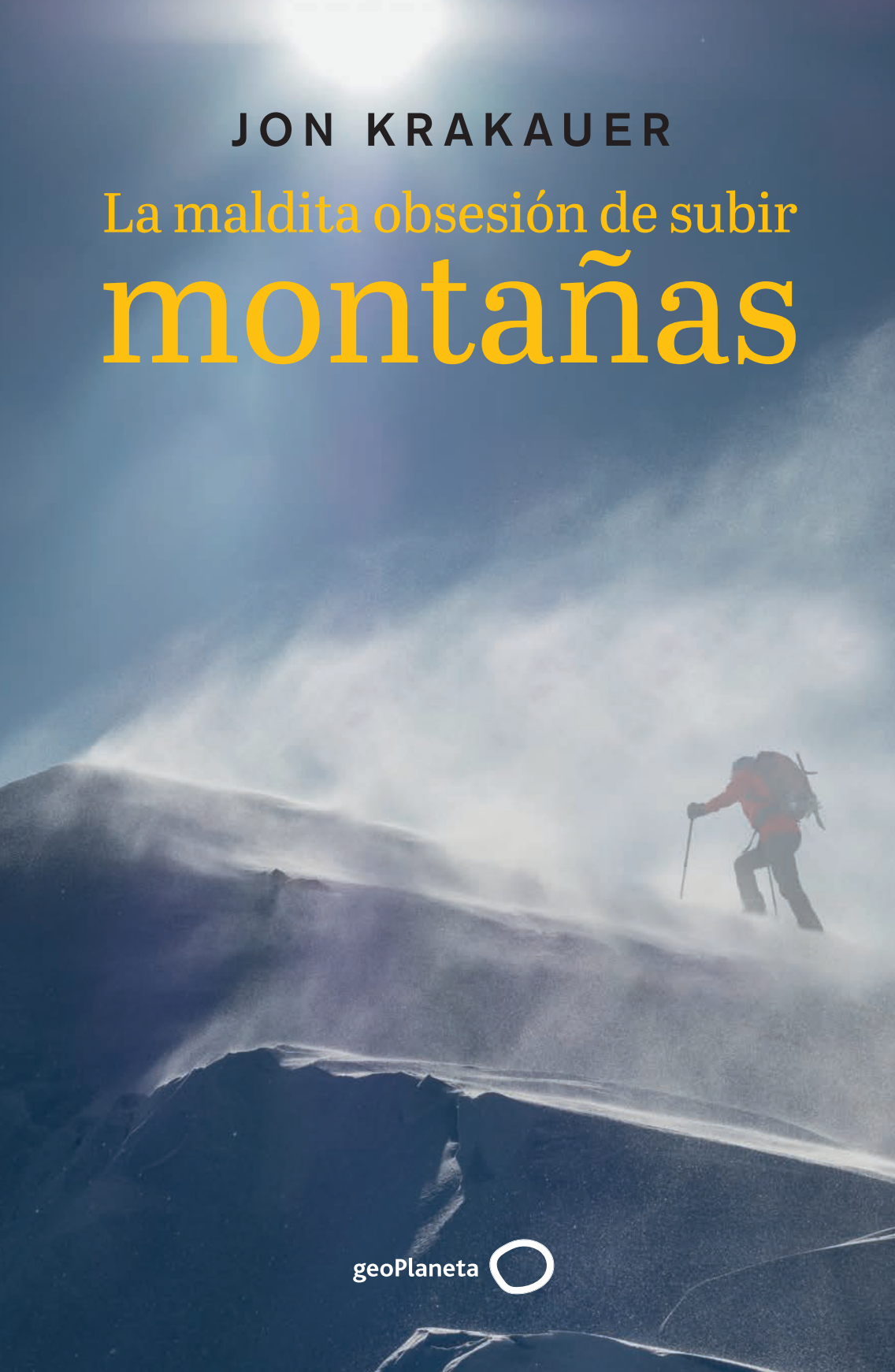


JON KRAKAUER

La maldita obsesión de subir
montañas

geoPlaneta 



JON KRAKAUER

LA MALDITA OBSESIÓN DE SUBIR MONTAÑAS

La maldita obsesión de subir montañas

Título original: *Eiger Dreams: Ventures among Men and Mountains*

DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

geoPlaneta

© Editorial Planeta, S.A., 2021

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.com – www.geoplaneta.es

1ª edición en geoPlaneta: mayo del 2021

© Traducción: Juan Pedro Campos Gómez, 2021

© Fotografía de cubierta: Buena Vista Images / Digital Vision / Getty Images

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

© Jon Krakauer, 1990

Esta edición ha sido publicada de mutuo acuerdo con Doubleday, un sello de The Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House, LLC. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-08-24281-9

Depósito legal B. 3.229-2021

Impresión y encuadernación: Black Print

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Nota del autor	9
1. Sueños del Eiger	13
2. Gill	27
3. El hielo de Valdez.....	41
4. Encerrado en una tienda.....	57
5. Los chicos voladores de Talkeetna.....	67
6. El Club Denali.....	81
7. Chamonix.....	101
8. Barranquismo.....	121
9. ¿Una montaña más alta que el Everest?.....	135
10. Los Burgess Boys.....	149
11. Un mal verano en el K2.....	169
12. El Pulgar de los Diablos.....	183

SUEÑOS DEL EIGER

En las primeras secuencias de *The Eiger Sanction* (*Licencia para matar*), Clint Eastwood da vueltas por los penumbrosos cuarteles del C-2 para ver quién será su próxima víctima. Dragon, el perverso albino que dirige esa especie de CIA, le dice que, aunque la agencia no tiene todavía el nombre del objetivo, ha descubierto que «nuestro hombre va a subir a los Alpes ese verano. Y sabemos qué montaña escalará: el Eiger».

A Eastwood no le cuesta adivinar la ruta —«la cara norte, claro»— y reconoce que esa pared alpina le es familiar: «He intentado escalarla dos veces, he intentado matarme dos veces... Mire, si el objetivo va a escalar el Eiger, tiene todos los visos de que me va a dejar el trabajo hecho».

El problema de la cara norte del Eiger no es solo que haya que escalar casi dos mil metros de caliza frágil y hielo negro, sino que además hay que remontar unos mitos formidables. Los pasos más difíciles de cualquier escalada son los mentales, la gimnasia psicológica que embrida el terror, y la siniestra aura del Eiger intimida lo suficiente como para que la presencia de ánimo de cualquiera se resquebraje. Las epopeyas que han tenido lugar en la Nordwand han quedado grabadas en el inconsciente colectivo mundial con terrorífico detalle tras más de dos mil artículos de periódicos y revistas.

Las cubiertas de libros con títulos como *Eiger: La pared trágica* nos recuerdan que la Nordwand «ha derrotado a cientos y matado a cuarenta y cuatro... Los que cayeron fueron encontrados —a veces años después— disecados y desmembrados. El cuerpo de un montañero italiano colgó de su cuerda durante tres años, inalcanzable pero a la vista de los curiosos de abajo,

unas veces pegado a la lámina de hielo de la pared, otras balanceándose a merced de los vientos de verano».

La historia de la montaña resuena con la lucha de gigantes como Buhl, Bonatti, Messner, Rebuffat, Terray, Haston y Harlin, por no mencionar a Eastwood. Los nombres de los hitos de la pared —la travesía Hinterstoisser, la Manguera de Hielo, el Vivac de la Muerte, la Araña Blanca— son para los alpinistas, activos o de salón, de Tokio a Buenos Aires, como de la familia; basta con mencionarlos para que le suden las manos a cualquier escalador. Las avalanchas y caídas de piedras que llueven constantemente por la Nordwand son legendarias. Como lo es el mal tiempo: hasta cuando los cielos están despejados en el resto de Europa se desencadenan sobre el Eiger violentas tormentas, como esas nubes negras que se ciernen eternamente sobre los castillos de Transilvania en las películas de vampiros.

Ni que decir tiene que todo esto hace del Eiger una de las cimas más anheladas del mundo.

La Nordwand se escaló por primera vez en 1938 y, desde entonces, ha habido más de 150 ascensiones,* entre ellas una en solitario en 1983 que llevó cinco horas y media, pero no le diga al sargento Carlos J. Ragone, de la aviación de los Estados Unidos, que subir al Eiger no es más que una excursión a un paraje pintoresco. El otoño pasado estábamos Mark Twight y yo sentados fuera de nuestras tiendas, más arriba de Kleine Scheidegg, el cúmulo de hoteles y restaurantes que hay al pie del Eiger, cuando Ragone apareció en nuestro campamento con una mochila muy abultada y anunció que iba a subir la Nordwand. En la conversación que mantuvimos nos enteramos de que se había ausentado sin permiso de la base aérea de Inglaterra en la que estaba destinado. Su superior no le había concedido unos días al informarse del motivo, pero se marchó de todas formas. «Intentar esta escalada me va a costar seguramente los galones», nos dijo, «pero, por otra parte, si me llevo el gato al agua lo mismo me ascienden.»

Por desgracia, no se llevó el gato al agua. Septiembre había entrado en los libros de récords suizos como el más húmedo

*. En el 2021, más de 700 escaladores habían alcanzado el pico. (N. del editor.)

desde 1864 y la cara estaba en condiciones inhumanas, peores aún de lo usual, cubierta de escarcha y cargada de nieve inestable. El pronóstico del tiempo era de nevadas y vientos fuertes. Dos compañeros que se suponía iban a encontrarse con Ragone se echaron atrás por las pésimas condiciones. Pero Ragone no iba a arredrarse por la falta de compañía. El 3 de octubre comenzó, solo, la escalada. Aún muy al principio de la cara, cerca de la parte más alta de un espolón al que llaman el Primer Pilar, dio un traspié. Sus piolets y crampones se salieron del hielo descompuesto y acabó volando por los aires. 150 metros más abajo daba en el suelo.

Increíblemente, la acumulación de nieve en polvo en la base de la pared amortiguó su aterrizaje y se levantó de la caída por su propio pie, sin más desperfectos que unas contusiones y una contractura en la espalda. Salió cojeando de la nevasca y entró en el Bahnhof Buffet, pidió una habitación, subió las escaleras y se quedó dormido. En algún momento de su caída al fondo de la pared había perdido un piolet y la cartera con la identificación y el dinero. Cuando por la mañana llegó el momento de pagar la habitación solo pudo ofrecer el piolet que le quedaba, circunstancia que no le hizo ninguna gracia al director del Bahnhof. Antes de salir por pies de Scheidegg pasó por nuestro campamento y nos preguntó si no estaríamos interesados en comprarle lo que le quedaba de su equipo de escalada. Le dijimos que nos gustaría echarle una mano pero que también andábamos un poco pillados de dinero. En ese caso, nos dijo, como veía que no iba a tener ganas de escalar durante un tiempo, nos lo daba sin más. «La montaña es una bastarda», profirió mirando a la Nordwand por última vez. Dicho esto, se marchó cojeando por la nieve hacia Inglaterra, a enfrentarse a la ira de su oficial de mando.

Como Ragone, Marc y yo habíamos ido a Suiza a escalar la Nordwand. Marc, ocho años más joven que yo, lleva dos pendientes en la oreja izquierda y un pelo teñido de morado que sería la envidia de un punk. Es un escalador de primera fila. Una de las diferencias entre nosotros era que Marc quería escalar el Eiger con toda su alma, mientras que yo solo quería con toda mi alma haberlo escalado ya. Marc, entiéndase, está

en esa edad en que la pituitaria segrega una cantidad excesiva de hormonas que enmascaran emociones más sutiles, como el miedo. Suele confundir cosas como la escalada a vida o muerte con una diversión. Como señal de amistad, tenía pensado dejarle a Marc que fuese el primero en los largos más divertidos de la Nordwand.

Al contrario que Ragone, Marc y yo no teníamos intención de subir la pared hasta que las condiciones no hubiesen mejorado. A causa de la arquitectura cóncava de la Nordwand, cuando nieva pocos sitios hay en ella que no estén expuestos a las avalanchas. En verano, si las cosas van bien, una buena cordada necesita dos días, a lo sumo tres, para escalarla. En otoño, con días más cortos y condiciones más gélidas, de tres a cuatro son la norma. Para maximizar nuestras oportunidades de subir al Eiger y bajar de él sin incidentes desagradables calculamos que nos harían falta al menos cuatro días de buen tiempo seguidos: uno para que la nieve reciente acumulada cayese y tres para escalar la cara y descender por el flanco oeste.

Cada mañana durante nuestra estancia en Scheidegg salíamos de las tiendas, nos abríamos paso por el ventisquero hasta el Bahnhof y telefoneábamos a Ginebra y a Zurich para que nos diesen el pronóstico del tiempo de los cuatro días siguientes. Día tras día nos decían lo mismo: seguirá el tiempo inestable, con lluvia en los valles y nieve en las montañas. Lo único que podíamos hacer era maldecir y esperar, y la espera era terrible. El mítico peso del Eiger es especialmente abrumador en los días en que no hay nada que hacer, cuando es muy fácil pensar demasiado.

Una tarde, por diversión, nos montamos en el tren que sube al Jungfrauoch, un tren de cremallera que va de Kleine Scheidegg a un collado situado a gran altura en el macizo de Eiger-Jungfrau. Fue un error. Atraviesa las entrañas del Eiger por un túnel que se excavó en la montaña en 1912. A medio camino hay una estación intermedia con una serie de enormes ventanas abiertas en la extensión vertical de la Nordwand.

La vista por ellas es tan vertiginosa que en sus repisas hay bolsas por si se tiene la necesidad de vomitar, como las de los asientos de los aviones. Las nubes desfilaban justo más allá del

cristal. La negra roca de la Nordwand, cubierta de plumas de hielo, con carámbanos pendiendo de los desplomes, se hundía en las nieblas de abajo y la cabeza se iba con la vista. Silbaban pequeñas avalanchas. Si nuestra ruta iba a parecerse a lo que veíamos, tendríamos serias dificultades. Escalar en esas condiciones sería desesperado, si no imposible.

Las lucubraciones encuentran en el Eiger la manera de confundirse con la realidad, y la estación de la Eigerwand se parecía demasiado a una escena de un sueño recurrente que he tenido durante años en el que, luchando por salvar la vida durante una tormenta en una escalada sin fin, encontraba una puerta en la cara de la montaña que daba a una cálida habitación, con una chimenea encendida, mesas donde humeaba la comida y una cama confortable. Normalmente, en el sueño la puerta estaba cerrada.

Túnel abajo, a medio kilómetro de las grandes ventanas de la estación intermedia, hay, en efecto, una pequeña puerta de madera, siempre abierta, que da a la Nordwand. La ruta ordinaria para subir la pared pasa muy cerca de ella, y más de un escalador la ha utilizado como forma de escapar de una tormenta.

Pero ese escape posee sus propios riesgos. En 1981 Mugs Stump, uno de los más consumados alpinistas de Norteamérica, entró por la puerta al forzarle una tormenta a abortar un intento en solitario de subir la pared y se puso a caminar hacia la entrada del túnel situado un kilómetro y pico más allá. Antes de ver la luz del día se encontró con un tren que subía. Las entrañas del Eiger son de una caliza negra y dura que hace difícil la perforación, y cuando se construyó el túnel no lo hicieron más ancho que lo estrictamente necesario. Enseguida Stump tuvo claro que el espacio entre los vagones y las paredes del túnel no llegaba ni mucho menos al medio metro. Los suizos presumen de la puntualidad de sus trenes, y enseguida tuvo claro que ese conductor no iba a trastocar el horario solo porque en medio de la vía hubiese un maldito escalador. Todo lo que Stump pudo hacer fue contener el aliento, apretarse contra la roca y ladear la cabeza cuanto pudo. Sobrevivió al paso del tren, pero la experiencia fue tan terrorífica como los traspiés que había estado a punto de dar en el exterior de la montaña.

En la tercera semana de nuestra espera a que el tiempo mejorase Marc y yo bajamos en tren a Wengen y Lauterbrunnen para olvidarnos un poco de la nieve. Tras un día agradable contemplando las vistas y bebiendo Rugenbräu, fuimos capaces de perder el último tren de vuelta a Scheidegg y no nos quedó más remedio que recorrer a pie el largo camino hasta nuestras tiendas. Marc puso un ritmo de marcha endiablado para ver si podíamos llegar al campamento antes de que anocheciese, pero yo decidí que no tenía ninguna prisa en volver a estar a la sombra del Eiger y en la nieve, y que una o dos cervezas harían que fuese más fácil aguantar la caminata.

Había oscurecido cuando salí de Wengen, pero los senderos de la Oberland, aunque empinados (parece que los suizos no creen en los zigzags), son anchos, están bien conservados y son fáciles de seguir. Y lo más importante era que en ese en concreto no había ninguna de esas puertas electrificadas que Marc y yo nos habíamos encontrado hacía una semana en una noche lluviosa (tras perder otro tren) mientras caminábamos de Grindelwald a Scheidegg. Se instalan esas puertas para cortar el paso a las vacas y es imposible verlas a oscuras y con unas cuantas cervezas encima. A uno que mida uno ochenta y tantos le darán en un punto particularmente sensible, precisamente 15 centímetros por debajo de la cintura, y calzado con unas Nike empapadas propinan una sacudida de un voltaje como para confesar crímenes que ni siquiera se han cometido.

No hubo incidentes en el paseo desde Wengen hasta que estuve cerca del límite arbolado y empecé a oír un estruendo intermitente, como si estuviesen calentando los motores de un Boeing 747. El primer golpe de viento me alcanzó cuando doblé la falda del Laubenhorn y giré hacia Wengernalp. Un estallido vino de ninguna parte y me dio en el culo. Era el *foehn*, que soplabla desde el Eiger.

Los vientos *foehn* de la Oberland bernesa —parientes de los vientos de Santa Ana que periódicamente prenden fuego al sur de California y los *chinooks* que rugen desde las Rocosas de Colorado— pueden desarrollar una fuerza asombrosa. Se dice que contienen un número desproporcionado de iones positivos y enloquecen a la gente. «En Suiza», escribe Joan Didion en *Arras-*

trarse hacia Belén, «la proporción de suicidios aumenta durante el *foehn*, y en los tribunales de algunos cantones suizos se considera que el viento es una circunstancia atenuante de un crimen.» El *foehn* desempeña un papel destacado en las crónicas del Eiger. Es un viento seco, hasta cierto punto cálido, que al derretir la nieve y el hielo del Eiger provoca avalanchas terribles. Lo normal es que tras una *Foehnsturm* ('tormenta de *foehn*') haya una fuerte helada que recubra la pared con el traicionero *verglas*. Muchos de los desastres de la Nordwand pueden atribuirse directamente al *foehn*; en *The Eiger Sanction* casi acaba con Eastwood.

Esto es todo lo que pude hacer para vérmelas con el *foehn* en el sendero que recorre los pastos de las vacas. Me estremecí al pensar cómo debía de ser que a uno le alcanzase allá arriba en la Nordwand. El viento me llenó los ojos de tierra y me hizo trastabillar una y otra vez. Varias veces no me quedó más remedio que arrodillarme y esperar una calma entre los golpes de aire. Cuando por fin pasé por la puerta del Bahnhof en Scheidegg me encontré con que el lugar estaba abarrotado de ferroviarios, cocineros, mujeres de la limpieza, camareras y turistas que se habían quedado atrapados allí por la tormenta. El vendaval que se desencadenaba afuera había infectado a todos en Scheidegg con una especie de rara y frenética energía y celebraban una movida fiesta que estaba en esos momentos en todo su esplendor. En una esquina bailaban al son de una ruidosa gramola, en otra cantaban sentados a las mesas canciones de bebedores en alemán; por todas partes pedían al camarero más cervezas y *sch-napps*.

Estaba a punto de unirme al jolgorio cuando veo que Marc se me acerca con los ojos desorbitados.

—Jon —masculló—, ¡nos hemos quedado sin las tiendas!

—¡Bah!, no quiero ocuparme de eso ahora —le contesté mientras intentaba hacer una seña al camarero—. Cogemos unas habitaciones arriba esta noche y las volvemos a clavar por la mañana.

—No, no, no lo entiendes. No es que se hayan soltado, es que el jodido viento se las ha llevado. Encontré la amarilla a unos cincuenta metros de donde estaba, pero la marrón ha des-

aparecido, tío. He estado mirando por todas partes, pero no he podido encontrarla. Ahora debe de andar ya por Grindelwald.

Las tiendas estaban atadas a unos troncos, a unos bloques de cemento y a un tornillo de hielo firmemente introducido en la tierra helada. Dentro había al menos ochenta kilos de comida y material de escalada. Parecía imposible que el viento hubiese podido arrastrarlas, pero lo hizo. En la que faltaba estaban los sacos de dormir, la ropa, mis botas de escalada, el hornillo y los cacharros, un poco de comida, y solo Dios sabe qué más. Si no podíamos encontrarla, las semanas de espera para poder escalar la Nordwand habrían sido en vano, así que me abroché el chaquetón y nos metimos de cabeza en la *Foehnsturm*.

Por pura chiripa encontré la tienda a unos quinientos metros de donde la habíamos levantado; el aire la había dejado en medio de las vías del tren que va a Grindelwald, convertida en un enredado amasijo de nailon hecho tiras y de cuerdas rotas y retorcidas. Tras vérnoslas y deseárnoslas para llevarla al Bahnhof descubrimos que el hornillo lo había rociado todo con butano y que una docena de huevos habían untado la ropa y los sacos de dormir con un barrillo repugnante y sulfuroso, pero parecía que ningún artefacto importante se había perdido durante la vuelta que la tienda se había pegado por Scheidegg. Lo echamos todo en una esquina y volvimos a la fiesta a celebrarlo.

Los vientos llegaron a ser esa noche en Scheidegg de 170 kilómetros por hora. Además de arrasar nuestro campamento, derribaron el gran telescopio del balcón de la tienda de regalos y lanzaron una barquilla del telesilla de las pistas, grande como un camión, a las vías del tren, frente al Bahnhof. Pero a medianoche paró el vendaval. La temperatura bajó drásticamente y por la mañana 30 centímetros de nieve en polvo recién caída habían sustituido a la nieve compacta que el *foehn* había derretido. Pero cuando llamamos a la estación meteorológica de Ginebra nos quedamos de una pieza al oír que en dos días empezaba un periodo de buen tiempo. «¡Dios mío!», pensé. «¡Vamos a tener que subir de verdad a la pared!»

El sol salió el 8 de octubre de acuerdo con el pronóstico de los meteorólogos de que no habría precipitaciones al menos duran-

te cinco días. Le dimos a la Nordwand la mañana para que se deshiciese la acumulación de nieve producida por el *foehn* y caminando por ventisqueros donde nos hundíamos casi hasta la cintura llegamos a la base de la ruta, donde pusimos la tienda recompuesta a toda prisa. Estábamos temprano en los sacos de dormir, pero yo tenía demasiado miedo para simular siquiera que dormía.

A las tres de la madrugada, la hora que habíamos convenido para empezar la ascensión de la pared, llovía y la bombardeaban pedazos considerables de hielo y de roca. Suspendimos la escalada. Secretamente aliviado, volví a la cama e inmediatamente me hundí en un sueño profundo. Los trinos de los pájaros me despertaron a las nueve. El tiempo era perfecto de nuevo. Deprensa y corriendo hicimos el petate. Cuando empezamos a subir la Nordwand era como si un perro me hubiese estado mordiendo el estómago toda la noche.

Los amigos que habían escalado la Nordwand nos habían dicho que el primer tercio de la ruta ordinaria se sube «a placer». No es así, no al menos en las condiciones en que la encontramos. Hay pocos pasos técnicamente difíciles, pero la escalada es siempre insegura. Sobre una nieve en polvo honda e inestable hay una costra delgada de hielo. Es fácil ver por qué se cayó Ragoné; da la impresión de que en cualquier momento la nieve que se pisa va a derrumbarse. Donde la pared se empinaba la cubierta de nieve se adelgazaba y los piolets rebotaban en la roca, unos centímetros por debajo de la corteza. Era imposible fijar anclajes del tipo que fuera encima o debajo de la nieve y el hielo descompuestos, así que durante los primeros 600 metros de la escalada sencillamente dejamos las cuerdas en las mochilas y subimos «en solitario» juntos.

Las mochilas estorbaban mucho y amenazaban con tirarnos para abajo en cuanto nos echábamos hacia atrás para encontrar la ruta de arriba. Nos habíamos esforzado en limitar nuestra carga a lo esencial, pero el terror al Eiger hizo que llevásemos comida, combustible y ropas de más por si una tormenta no nos dejaba movernos y material de escalada como para hundir un barco. Nos costó decidir qué llevar y qué dejar. Marc optó al final por cargar con un *walkman* y sus dos cintas favoritas en vez

de con un saco de dormir porque, según él, si las cosas se ponían muy mal le valdría más la paz de espíritu que obtendría escuchando a los Dead Kennedys y los Angry Samoans que pasar la noche caliente.

A las cuatro, al llegar a la placa extraplomada llamada Rote Fluh, pudimos por fin poner unos anclajes sólidos, los primeros de la escalada. Ese desplome ofrecía protección contra los objetos no identificados que de vez en cuando caían y pasaban a nuestro lado, y decidimos por eso parar y hacer vivac aunque nos quedaba todavía más de una hora de luz. Excavamos una plataforma larga y estrecha donde la pendiente de nieve topaba con la roca y así pudimos tumbarnos de una manera hasta cierto punto cómoda, cabeza con cabeza y el hornillo en medio.

A la mañana siguiente nos levantamos a las tres, y una hora antes del amanecer ya estábamos lejos de nuestra pequeña repisa escalando con lámparas de cabeza. A una cuerda de distancia del vivac Marc empezó un largo que tenía una dificultad de 5.4. Es un escalador 5.12, así que me alarmé cuando se puso a refunfuñar y su progreso se detuvo. Intentó moverse hacia la izquierda y luego a la derecha, pero una capa de hielo quebradiza y fina como una cáscara de huevo adherida a la roca vertical tapaba cualquier agarre que pudiese haber. Con penosa lentitud estabilizó su avance hacia arriba a un ritmo de unos centímetros cada vez engancho las puntas de sus crampones y los picos de sus piolets en pizcas de caliza que no se veían bajo la pátina de escarcha. Resbaló cinco veces, pero cada una de ellas se agarró tras caer solo unos centímetros.

Dos horas pasaron mientras Marc se meneaba ahí arriba. Salió el sol. Crecía mi impaciencia. «Marc», grité, «si no quieres ser el primero en este largo, baja y pruebo yo.» El farol funcionó: Marc atacó el largo con una determinación renovada y lo acabó enseguida. Pero estaba preocupado cuando me uní a él en el punto de encuentro. Habíamos necesitado casi tres horas para escalar 24 metros. En la Nordwand hay más de 2400 metros de escalada (si se toman en cuenta las travesías), y en buena parte iban a ser mucho más difíciles que esos 24.

El siguiente largo era la funesta travesía Hinterstoisser, una desviación de 40 metros de longitud que rodea unos desplomes

que no se pueden escalar y es la clave para llegar a la parte superior de la Nordwand. El primero que la superó fue Andreas Hinterstoisser, en 1936; la vía que abrió a través de sus pulidas placas fue un ejercicio brillante de escalada. Pero, superado ya el largo, una tormenta les sorprendió a él y a sus tres compañeros y tuvieron que retroceder. La tormenta había vidriado la travesía con *verglas* y los montañeros no pudieron ejecutar al revés los delicados movimientos que se requerían. Los cuatro perecieron. Desde este desastre, los escaladores se han preocupado siempre en dejar una cuerda fija a lo largo de la travesía para poder volver atrás.

Encontramos las placas de la Hinterstoisser cubiertas con 5 centímetros de hielo. Pese a ser tan fino era lo suficientemente sólido para aguantar nuestros piolets siempre y cuando los clavásemos con delicadeza. Además, una vieja cuerda fija, raída, salía de vez en cuando del casquete de hielo. Avanzando de lado con mucho cuidado a través del hielo, sujetos con las puntas frontales de nuestros crampones, y agarrando, sin la menor vergüenza, la vieja cuerda cuando era posible, cruzamos la travesía sin un solo contratiempo que nos retrasase.

Sobre la Hinterstoisser la ruta seguía recta hacia arriba pasando por hitos con los que había tenido pesadillas desde los diez años: el Nido de la Golondrina, el Primer Helero, la Manguera de Hielo. La escalada no volvió a ser tan difícil como en el largo en el que Marc había sido el primero, justo antes de la Hinterstoisser, pero apenas pudimos clavar algún anclaje. Un resbalón suyo o mío nos habría mandado a ambos al fondo de la pared.

A medida que pasaba el día notaba que me iban fallando los nervios. En cierto punto, mientras iba el primero a través del crujiente y quebradizo hielo vertical de la Manguera de Hielo, me abrumó la idea de que lo único que impidiese que saliera volando por el espacio fuese un par de finas puntas de acero hundidas un centímetro en un medio que parecía el interior de mi nevera cuando necesita que se la descongele. Miré al suelo, alrededor de mil metros más abajo, y se me fue la cabeza, como si estuviese a punto de desmayarme. Tuve que cerrar los ojos y tomar aire profundamente una docena de veces antes de poder reanudar la escalada. Pasada la Manguera de Hielo, un largo de

50 metros nos llevó a la parte inferior del Segundo Helero, pasada un poco la mitad de la pared. Más allá, el primer lugar protegido para pasar la noche era el Vivac de la Muerte, la repisa donde Max Sedlmayer y Karl Mehringer fallecieron durante una tormenta en el primer intento de hacer la Nordwand, en 1935. Pese a su siniestro nombre, el Vivac de la Muerte es probablemente el lugar de vivaqueo más cómodo y seguro de la cara. Pero para llegar hasta allí teníamos todavía que recorrer una travesía ascendente de quinientos y pico metros a través del Segundo Helero y luego subir varias decenas de metros de desvío más hasta la cima de un espolón, la Plancha.

Era la una de la tarde. Habíamos escalado solo alrededor de cuatrocientos veinte metros en las ocho horas que habían pasado desde que dejamos el vivac en la Rote Fluh. Aunque el Segundo Helero parecía fácil, la Plancha que venía luego no lo era. Tenía serias dudas de que pudiésemos hacer el Vivac de la Muerte —del que nos separaban más de seiscientos metros— en las cinco horas de luz que quedaban. Si caía la oscuridad antes de que hubiésemos llegado al Vivac de la Muerte, nos veríamos obligados a pasar la noche sin una repisa, en un lugar completamente expuesto a las avalanchas y piedras que se precipitaban desde la formación más célebre de la Nordwand: el helero llamado la Araña Blanca.

—Marc —le dije—, deberíamos bajar.

—¿Qué? —contestó conmovido—. ¿Por qué?

Le expliqué las razones: nuestro lento ritmo, la distancia al Vivac de la Muerte, el mal estado de la pared, el peligro de las avalanchas, cada vez mayor a medida que el día se caldeaba. Mientras hablábamos, la Araña nos regó con unas pequeñas rociadas de nieve. Pasados quince minutos, Marc aceptó a regañadientes que yo tenía razón y empezamos el descenso.

Donde pudimos encontrar agarres hicimos rapel; donde no, escalamos en sentido descendente. A la puesta de sol, bajo un largo llamado la Grieta Difícil, Marc encontró una oquedad donde podíamos hacer vivac. Para entonces ya estábamos dándole vueltas a la decisión de retroceder, y hablamos muy poco durante la noche.

Al amanecer, justo al reanudar el descenso, oímos voces que venían de más abajo en la cara. Enseguida aparecieron dos esca-

ladores, un hombre y una mujer, que se movían rápidamente por los escalones que habíamos abierto nosotros dos días antes. Estaba claro por sus movimientos fáciles, fluidos, que eran muy, pero que muy buenos escaladores. Resultó que el hombre era Christophe Profit, famoso alpinista francés. Nos agradeció los escalones y ambos se lanzaron hacia la Grieta Difícil a una velocidad asombrosa.

Un día después de que nos hubiésemos rajado porque la cara «no estaba en condiciones» parecía que dos escaladores franceses iban a subirla como si se tratase de un paseo de domingo. Eché una mirada a Marc y me dio la impresión de que estaba a punto de romper a llorar. En ese momento nos separamos y continuamos el descenso, que consume los nervios, por rutas separadas.

Dos horas después pisaba la nieve al pie de la pared. La sensación de alivio me recorría a oleadas. El clavo que me había estado pinchando en las sienes y en el vientre desapareció de pronto. ¡Dios mío, había sobrevivido! Me senté en la nieve y me puse a reír.

Marc estaba a unos cientos de metros de allí, sentado en una roca. Cuando llegué a su lado vi que lloraba, y no de alegría. Para su propia estima, haber solo sobrevivido al Eiger no valía nada. «¡Eh!», me oí decirle, «si los gabachos se suben ese mamón, siempre podremos ir a Wengen y comprar más comida, ¡y a por él otra vez!»

Marc se animó inmediatamente con esta sugerencia, y antes de que pudiese retirar mis palabras corría a la tienda a observar con los binoculares el progreso de los escaladores franceses.

Pero en ese instante y finalmente mi suerte con la Nordwand cambió para mejor: Christophe Profit y su compañera solo habían llegado a la Rote Fluh, el sitio de nuestro primer vivac, cuando cayó una gran avalancha que les asustó tanto que también ellos se bajaron. Al día siguiente, antes de que mi suerte con el Eiger cambiase de nuevo, tomaba un avión de regreso a casa.